

limpian las galerías, paredes y muros. Luego los vigilantes recorren aquellos mismos sitios tanteando las puertas y las cajas y asomándose por las ventanas a mirar las estrellas. Durante las noches tienen una alma vigilante los rascacielos.

Aquí la forma de la cláusula y el tono general de la poesía trae de cuerpo entero a Whitman. La diferencia, como la indicaba antes, se halla en la mayor trascendencia mística del poeta de Camden. Y en la *Esfinge* vibra su mismo diapasón:

Así sentada, viste pasar cinco mil años
y nunca se te oyó ningún rumor.
Cerca de ti discurrieron procesiones
haciéndote preguntas a que respondiste siempre
con ojos que nunca pestañearon,
con labios que nada dijeron.
Soy uno de esos que saben
todo cuanto tú te reservas
y me guardo mis preguntas:
yo sé cuáles serían tus respuestas.

Y véase esta extraña simpatía: *Paralítico*

Ví una vez un paralítico
gastando los postreros días de su vida
con la plaga blanca, clamando por el aire,
mirando desde unas hondas cavernas en el rostro,
gesticulando con sus secas manos.
Y me dije a mí mismo que más valdría
ser un girasol en un jardín del campo,
alzando una cara de oro oscuro al sol,
lavada por la lluvia, entre amapolas,
admirando noche a noche
la luciente y silenciosa
procesión de las estrellas.

Junto con los *Poemas de Chicago* ha reunido otras breves colecciones, la más expresiva de las cuales es la que se titula *Poemas de la Guerra*. Allí están las sombrías reflexiones de quien a diario escucha los lejanos clamores de una selva de juventud arrebatada con violencia para lanzarla como paja al fuego, en el infierno de aquellos campos de batalla. Son diez y seis millones de hombres elegidos precisamente porque les brillan los dientes, les fulguran los ojos y tienen fuertes las piernas y fluye sangre ardiente en sus puños. Y el divino jugo rojo se derrama en ondas sobre los céspedes verdes y sobre la negra tierra. «No les olvido—dice el poeta—ni de noche ni de día. Están en mi memoria, pesan en mi corazón».

«Napoleón se removió—escribe Sandburg en su poema *Estadística*—en su sarcófago y preguntó: ¿quién va allá? El guarda le replicó: veintiún millones de hombres, ejércitos, soldados y cañones—veintiún millones—a pie, a caballo, por el aire y por dentro del mar».—Napoleón volvió a su sueño diciéndose: «No es mi mundo el que res-

ponde; es algún soñador que no conoce el mundo por donde yo pasé desde Calais hasta Moscovia».

Botones llama estas líneas: Sonriendo un muchacho—ante el mapa que está en la fachada—del edificio de un diario—remueve un botón una pulgada al oeste y luego otro botón, y ríe. ¿Cuántos hombres están ahora pidiendo agua, cuántos en agonía con la muerte en la garganta? ¿Cuánto cuesta mover un botón en el mapa?».

Deja asomar de nuevo un girón escarlata en la poesía
Y ellos obedecen:

«Aplastad ciudades, derruid muros, y fábricas, y catedrales, y almacenes, y hogares, y amontonad todas esas ruinas: vosotros sois soldados y nosotros os mandamos.

«Erigid ciudades y muros de nuevo, levantad catedrales, almacenes y hogares para el trabajo y la vida: sois obreros y ciudadanos; nosotros os mandamos».

En todo este libro de poesía la nota amorosa se oye muy rara vez. La simpatía con la naturaleza y con los hombres es permanente; el misticismo social, que es de esencia amorosa, yace en el fondo de las concepciones del poeta; pero no se escucha el canto de amor. El único poema en donde se revela esa ansiedad dice: «Hombres-dioses que al mundo imponéis vuestras órdenes, dadme, dadme pobreza, hambre y dolor; cerradme las puertas del oro y de la fama, pero dadme un poco de amor, una voz que me hable en la tarde, una mano que me acaricie en la sombra y que rompa mi soledad».

Los problemas sociales se han llevado la parte del león en el libro. Los cuadros que pinta son exactos y animados de una poderosa vida, cuya interior urdimbre se halla vibrante de simpatía. Crecido en el estruendo de la batalla de estas formidables ciudades, deja advertir en sus versos sin melodía resonancia de rieles y ruedas de carros, tumultos de transeuntes al llegar y partir de los trenes en las horas de las avalanchas humanas. Es indómito y no acepta explicaciones acerca del estilo. «Idos—dice—con vuestra charla acerca del estilo. No podéis decir en donde un hombre adquirió su estilo, como no podéis decir endonde la Pawlowa consiguió sus piernas, ni Ty Cobb sus fulgurantes ojos. Ido y hablad entonces. No me quitéis mi estilo. Es mi rostro. Puede no ser hermoso—pero, de todos modos, es mi rostro. Matad mi estilo, y habéis roto las piernas de la Pawlowa, y cegado los ojos de Ty Cobb».

En ocasiones he creído hallar un lejano sentido simbólico en este poeta. Quizá sólo sea que describiendo las cosas del Universo, desde un punto de vista muy humano, el prodigioso símbolo que es el Universo, se refleja con viveza en la poesía de Sandburg. El poeta es como un estado de conciencia del mundo.

R. BRENES MESÉN

New York, 1919.

LA LIBRERÍA ESPAÑOLA DE MARIA V. DE LINES

APARTADO DE CORREOS Nº 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38-TELÉGRAFO «LINES»

Acaba de recibir: Blocks para cartas, Sobres, Tintas Stafford, Davis y Carter, Pasta blanca en tarritos, Goma

Por cada correo se reciben las novedades literarias españolas y extranjeras

Ultima novela de Hugo Wast: *Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre*. Léala Ud.